
CAPÍTULO PRIMERO

EL PRINCIPIO FILOSÓFICO

§ I.—La idea del progreso.

I

Se acusa de incrédulo al siglo XVIII, y lo era en cierto sentido, como eran ateos los primeros cristianos; abandonaban los viejos altares de una vieja religión para adorar á un Dios nuevo. ¿Cuál era este Dios? No era ya un Dios de carne y hueso; los filósofos odoraban el Dios desconocido á quien habían levantado un templo los Atenieses cuando San Pablo fué á predicarles la locura de la cruz; los descendientes de Sócrates y de Platón no quisieron doblar la rodilla ante el Crucificado, y tras ellos abandonaron los libres pensadores los templos de que había cubierto la superstición al mundo cristiano. En la primera expansión de alegría que experimentaron, después de haber sacudido las cadenas del error, confundieron los filósofos toda religión con el cristianismo tradicional, sin sospechar que el hombre no puede vivir sin fe, y que ellos mismos, los incrédulos, los ateos, tenían una creencia que nos han transmitido, y que se va haciendo cada día más viva y más ferviente. Todavía no es una

doctrina ni mucho menos un culto; pero es una inspiración poderosa que nos conducirá á una nueva religión, y ya es un lazo que une á los hombres de lo porvenir y una bandera que éstos oponen á los partidarios de lo pasado. ¿Qué fe es ésta que nos anima al combate, que nos sostiene en nuestras luchas, que exalta nuestro valor cuando nuestras fuerzas agotadas nos dejan en este estado de abatimiento que toca en la desesperación? Es la idea del progreso, y aun pudiéramos decir el dogma del progreso, porque la idea es, ó tiende á ser, una verdadera creencia.

Y es también una creencia general. ¿Quién no invoca hoy el progreso? Los mismos que quedan aferrados al cristianismo tradicional son arrastrados, subyugados por el poder de un principio que mina desde hace siglos el edificio de lo pasado, y quisieran apoderarse, en su provecho, de esa palanca para influir sobre los pueblos y atraerlos al culto que han abandonado. Si esto atestigua la irresistible influencia del nuevo dogma, prueba también que es todavía vago é indeciso, porque si no, no podrían hacer de él una arma los más opuestos

partidos. La idea del progreso era menos fija todavía en el siglo pasado: era más que una doctrina un sentimiento. Mas no puede quedar en este estado de instinto; preciso es que se formule en principios, si ha de cumplir sus ambiciosas promesas y llegar á ser el fundamento de una sociedad nueva. Cuestión inmensa, pues que abraza la religión, la filosofía y la política. No nos empeñamos por el momento en el fondo del debate, limitándonos á considerar el dogma del progreso como el elemento esencial de la lucha que divide en el siglo XVIII la filosofía y el cristianismo tradicional. ¿Por qué mostró ese siglo ilustre tanto ardor en demoler las viejas creencias? ¿Por qué aquel frenético placer en amontonar ruinas? ¿Por qué el desprecio de la tradición llevado hasta el odio? ¿Por qué esa febril impaciencia de lo porvenir y esas esperanzas de una regeneración completa de la humanidad? Porque la sociedad de lo pasado estaba en cierto modo encarnada en la Iglesia, y la Iglesia había ejercido durante siglos un imperio tiránico sobre los espíritus, y había dominado á individuos y pueblos, no dejando ni sombra de libertad á los unos ni de independencia á los otros. Y ¿cuál era el fundamento de ese despotismo religioso, intelectual y político que caracterizaba á la sociedad antigua? La Iglesia se llamaba órgano de una fe divina, revelada directamente por el Hijo de Dios, y pretendía, por consecuencia, estar en posesión de la verdad absoluta: pretensión funesta, porque aspiraba nada menos que á perpetuar la tiranía de la Iglesia en nombre de un dogma inmutable. Si realmente ha sido la fe revelada á la Iglesia, si ésta es la depositaria de la verdad, ¿qué queda que hacer al género humano sino doblar la rodilla para adorarla? Los filósofos se sublevaron contra la soberbia ambición del catolicismo, y nunca ha habido más santa insurrección. ¿Á qué conducía, en efecto, la pretendida verdad revelada, inmutable? Á explotar la credulidad humana en provecho de la codicia de Roma.

Mas ¿cómo abatir un edificio secular cuyas raíces se extendían por toda la cristiandad? ¿Cómo podían unos pocos hombres tener la temeridad de sublevarse contra toda una civilización? Porque no se trataba de la religión únicamente; todas las instituciones civiles y políticas se ligaban á la religión, y de ella, por decirlo así, se derivaban: la guerra que los filósofos declaraban á la Iglesia ata-

caba, pues, á la sociedad entera. ¡Guerra de gigantes! Para osar emprenderla se necesitaba más que temeridad, se necesitaba una de esas armas misteriosas que las hadas benéficas forjaban antiguamente para guerreros favoritos. El arma maravillosa que sirvió á los filósofos para batir en brecha el edificio de la vieja sociedad fué la fe ilimitada en la perfectibilidad del espíritu humano. Esa fe daba á los filósofos la certidumbre de que esperaban á la humanidad nuevos y gloriosos destinos que debían cumplirse necesariamente, y de que no había, por consiguiente, ni obstáculo ni resistencia que pudiera detener la realización de una ley tan fatal como la que rige el movimiento de los astros. ¡Cosa singular! La fe de los filósofos era tan absoluta y en cierto sentido tan ciega como la de la Iglesia. Concebían, de una parte, esperanzas tan ilimitadas para el porvenir de la humanidad que llegaban á ser quiméricas; y tenían, de otra, un desprecio tan soberbio á las instituciones de lo pasado, que era ya injusto; mas necesitaban esta fe ciega para cumplir su misión. Si no hubieran tenido la convicción profunda de que debía perecer todo lo pasado para ser renovado por el poder de la razón humana, ¿cómo habrían tenido el valor de poner manos á la obra y acometer esa gigantesca demolición? No era todo ignorancia y superstición en la Iglesia; la sociedad no descansaba por entero en la impostura y el engaño; pero los que tuvieron la audacia de declarar una guerra á muerte á todo lo existente debían tener esa convicción para osar emprender aquella lucha inaudita. Hé ahí por qué no fué la idea del progreso más que un instinto en el siglo XVIII; y el instinto era tanto más poderoso cuanto era más irreflexivo: ocultaba á los que le obedecían cuanto había de legítimo en el Estado social que con tanto furor atacaban, y lo que habría de necesariamente imperfecto en la nueva sociedad que esperaban con inquebrantable confianza. La idea del progreso era algo de indefinido, pero también de ilimitado, una palabra mágica que todo lo llenaba y que lo arrastraba todo.

No tenemos ni podemos tener ya ese soberbio desprecio á lo pasado y esa esperanza sin límites en lo porvenir, porque nuestra misión no es ya la del siglo XVIII: no estamos llamados á demoler, sino á reconstruir; y las sociedades no se construyen de golpe y como por encanto. Hay más. La misma doctrina del progreso nos aleja de los exce-

sos en que cayó la filosofía del siglo pasado. En efecto, quien dice progreso, dice desarrollo sucesivo, y, por consecuencia, siempre incompleto. El dogma de la perfectibilidad es la negación de la verdad absoluta, de la perfección ideal; y, por consecuencia, no existe la edad de oro delante ni detrás de nosotros. Si la humanidad va siempre avanzando, no alcanzará jamás, sin embargo, el fin que persigue, pues que cada progreso que cumple le muestra un nuevo progreso por realizar. Desde este punto de vista, lo pasado no puede ser condenado ni maldecido; las viejas instituciones, así religiosas como políticas, tenían su razón de ser; fueron en su origen un progreso sobre un estado social más imperfecto; y hay que añadir que, si se deben transformar, contienen también el germen de esta transformación. El progreso es una evolución, no una destrucción; y así, lejos de reprobar lo pasado, la doctrina de la perfectibilidad lo acepta y aun lo legitima, y busca en él los elementos, los materiales que servirán para edificar la sociedad de lo porvenir. Pues que nuestra noción del progreso no es ya la del siglo XVIII, es necesario que nos detengamos en ella un instante para definirla: es el único medio de apreciar la filosofía del siglo pasado.

II

La idea del progreso implica un desarrollo, y, por consiguiente, un fin que lograr, una misión que cumplir. ¿Quién es quien se desarrolla? ¿Quien tiene esa misión? Nuestra pregunta sorprenderá á más de un lector, y, sin embargo, es capital, y falta mucho para que reciba una respuesta uniforme. ¿Se trata del individuo ó de la sociedad? ¿Es el individuo quien avanza progresivamente hacia un cierto destino, ó es la humanidad? Los unos dicen que es el individuo; los otros que la sociedad. Nosotros respondemos que son uno y otra; pero el individuo es el fin, la sociedad es más bien un medio. Cuantos creen en una existencia individual no abrigan duda alguna de que el individuo tiene una razón de ser, y, por consecuencia, un fin que alcanzar; y por lo que hace á los que no creen sino en la materia y en el acaso, es inútil hablarles de ley. ¿Cuál es la misión del individuo? En este punto comienza ya la disidencia entre la filosofía y la religión cristiana; verdad es que una y otra enseñan que es el perfeccionamiento del hombre; pero los

filósofos quieren que todas nuestras facultades se desarrollen en una rica armonía, siendo éste para ellos el fin supremo de la existencia, mientras los teólogos subordinan toda nuestra existencia, y, por consecuencia, el desarrollo de nuestras facultades á la salvación. En este orden de ideas se ponen las facultades intelectuales casi al mismo nivel que nuestras facultades físicas, en el sentido de que no se deben cultivar sino como medio, siendo el fin supremo perfeccionar el ser moral, único camino para llegar á la beatitud celeste. Esta concepción es falsa: rebajando la inteligencia á la condición de un instrumento, mutila al hombre, rompe la armonía de la creación y hasta es infiel á aquellas profundas palabras del Cristo: "Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos.", ¿Quién osaría decir que en Dios está subordinada la inteligencia á la caridad? Siempre dejará que desear el desarrollo moral cuando la inteligencia no esté á la altura del amor, del propio modo que vicia también á la razón el desarrollo exclusivo de la inteligencia. El ideal exige la armonía de las diversas facultades de que Dios ha dotado á sus criaturas.

¿Cómo se desarrolla el individuo? Por la educación. Su vida entera es una educación incesante. Nadie habrá que lo niegue por lo que hace á la vida actual; pero comienza el desacuerdo cuando se pregunta si el desarrollo de nuestras facultades acaba en la muerte. Descartemos desde luego el lamentable error en que caían los filósofos del siglo pasado: negaban, salvo los espiritualistas, la inmortalidad del alma, y fuerza es confesar que el espiritualismo constituía una excepción en el campo filosófico. Si la doctrina de la sensación no hubiera extraviado á los libres pensadores, la creencia de un progreso ilimitado que les inspiraba habría debido darles la certidumbre de una existencia infinita; porque, en efecto, si se admite que el desarrollo de nuestras facultades es el fin de nuestra vida, es imposible que haya un punto de detención. Por consecuencia, la idea del progreso aplicada al individuo es idéntica con la de su inmortalidad. Entre la filosofía y el cristianismo existe hoy acuerdo en este punto: hacemos abstracción de las extravagancias de la escuela materialista y de los sueños del panteísmo, sistemas que no encontrarán jamás acceso en la conciencia general. Pero si los filósofos convienen con los cristianos en la noción de una vida infinita, es grande la di-

sidencia que entre ellos existe respecto de las condiciones de la vida futura, habiendo sido precisamente la idea del progreso la que ha conducido á la filosofía á separarse de la religión tradicional. El cristianismo enseña que la vida futura es un estado fijo, inmutable: para unos, el pequeño número de elegidos, la felicidad infinita, y para los otros, la masa de los réprobos, el sufrimiento sin fin. No es esa la opinión de los filósofos que se inspiran en el dogma de la perfectibilidad, pues creen que la vida futura es para todos los seres creados una consecuencia y una continuación de su existencia anterior, una marcha sin alto hacia la perfección. Siendo la criatura imperfecta por su esencia, se aproximará constantemente al fin sin alcanzarlo jamás; pero tampoco será puesta nunca en una condición que haga imposible todo desarrollo. No hay, pues, ni infierno ni paraíso, sino una vida progresiva que tiene por fin ideal la perfección.

La existencia progresiva del individuo es del dominio de la fe; la ciencia no puede afirmar si el hombre ha vivido ya antes de nacer, é ignora igualmente dónde y en qué condiciones pasará la existencia futura. Esta faz del progreso no concierne, pues, más que á la teología ó á la filosofía religiosa.

No es en esos términos como se trata ordinariamente la cuestión del progreso; limitásele á este mundo, y se pregunta si progresa el individuo, en el sentido de que el hombre del siglo XIX sea, en cuanto al desarrollo de sus cualidades físicas, intelectuales y morales, superior á las generaciones que lo han precedido sobre la tierra. Pregúntase también si la sociedad está en vías de perfeccionarse ó si declina hacia una inevitable decadencia. La cuestión así planteada no es ya una cuestión religiosa ni filosófica, sino una cuestión de hecho; y, por consiguiente, es la historia y no la teoría quien debe resolverla. Esto es de toda evidencia, y, sin embargo, sólo en nuestros días se ha reparado que era preciso ante todo recoger los hechos que conciernen, ya al perfeccionamiento, ya á la degeneración del individuo y de la sociedad. La ignorancia de los hechos ha sido la causa de los errores más contradictorios.

¿Por qué opinaban los antiguos que iban siempre empeorando el hombre y el mundo? Porque los veían imperfectos, y se imaginaban que habían

sido perfectos en su origen. La supuesta edad de oro ha extraviado á los poetas y á los filósofos durante la antigüedad y hasta en los tiempos modernos. ¿Por qué han profesado los filósofos del siglo pasado un desprecio tan insultante á las instituciones del antiguo régimen? Porque las ignoraban: han sido injustos con el cristianismo, con la monarquía y con el feudalismo, y les era por esto tan imposible formular las leyes que rigen el desarrollo del individuo y de la humanidad como si hubieran intentado determinar las leyes que presiden al curso de los astros sin haber previamente observado el cielo. Hay, pues, que volver á los hechos, y es preciso estudiarlos con cuidado, consignando, ya los progresos que se cumplen, ya las épocas de alto ó de retroceso cuando ocurren. Este es el trabajo que nos hemos propuesto hacer en estos *Estudios*. Nuestra historia es, en cuanto sabemos, la primera que se haya escrito en este orden de ideas; por esto esperamos que se tengan en cuenta las dificultades de la empresa. En lo que vamos á decir de la doctrina del progreso no hacemos más que resumir los resultados á que hemos llegado en el curso de nuestras investigaciones.

El progreso se manifiesta en todas las fases de la actividad humana; mas el progreso social es el que especialmente nos impresiona, porque la historia apenas se ocupa más que en las sociedades políticas. Basta citar la esclavitud. El pensador más profundo de la antigüedad, Aristóteles, la consideraba como eterna; Jesucristo no pensó en abolirla, y, sin embargo, bajo la influencia de las razas germánicas se ha transformado y ha acabado por desaparecer. Este hecho es todavía notable bajo otros aspectos. Rousseau y Mably idealizaban á los Griegos y á los Romanos; se olvidaban de los ilotas y de los esclavos; olvidaban, ó, por mejor decir, ignoraban que los ciudadanos de Esparta, cuya libertad envidiaban, no sabían siquiera lo que era la libertad. Si hoy la conocemos, aunque no la poseamos en toda su plenitud, lo debemos á los Germanos. ¿Hay testimonio más decisivo del progreso que se produce bajo la mano de Dios? Pueblos tachados de bárbaros vienen á destruir la civilización de Grecia y de Roma, cubren la Europa entera de tinieblas durante siglos, y, sin embargo, inauguran la era de la verdadera libertad, sin la cual no hay vida ni civilización. ¡Admiremos las vías de la Providencia y bendigamos la mano que

guía á la humanidad en el rudo trabajo de su educación!

Apenas se necesita insistir en el progreso que se ha cumplido en el orden físico, pues no podemos dar un paso sin que un maravilloso descubrimiento nos muestre que el mundo se transformaba bajo la inspiración de la ciencia. Consignemos únicamente que el hombre mismo ha tenido que modificarse antes de aplicar su energía y su inteligencia á dominar la naturaleza para hacerla servir á sus necesidades. Los antiguos tenían un respeto supersticioso á la naturaleza que divinizaban; temían tocar á las obras de Dios como si pusieran la mano sobre la divinidad. El espiritualismo cristiano puso fin á esta idolatría; pero el desprecio que profesaba á la materia y á las condiciones exteriores de nuestra existencia no estimulaba á obrar en el mundo, y ha sido necesario el espíritu investigador y emprendedor de las razas europeas para vencer el obstáculo que las creencias religiosas oponían al desarrollo material de la civilización. Todos los diques se han roto: el progreso se desborda, haciéndonos temer que la civilización se convierta en exclusivamente material. Verdad es que esto sería la muerte de la humanidad, pero contra ese mal existe un remedio; y es que la religión, en vez de maldecir la materia como el dominio de Satanás, la considere como la condición de nuestro perfeccionamiento intelectual y moral. Lejos de temer los progresos de la industria, procurémoslos con todo empeño; pero que se entienda bien que no es ese nuestro fin ni nuestro ideal. Si la naturaleza debe ser dominada y explotada, es para que sea el hombre tanto más libre.

El progreso intelectual es tan evidente como el progreso físico, y, cosa notable, los antiguos, que negaban el progreso moral y aun el progreso social, que temían casi como un sacrilegio el progreso material, habían ya reconocido el progreso intelectual. Las ciencias se habían perfeccionado desde la supuesta edad de oro, y se hallaba más avanzada la edad de hierro que el venturoso tiempo en que Saturno gobernaba la tierra. En este desarrollo demasiado exclusivo de la inteligencia había un escollo; engendró el orgullo y alejó de Dios á los hombres, en vez de acercarlos á la fuente de toda perfección. Por eso colocó el cristianismo la humanidad por cima de la sabiduría de este mundo, y trató de locura la sabiduría de los filósofos; los verdaderos cristianos vieron siempre la ciencia con aversión y

con desconfianza, y no se equivocaban. El renacimiento de las letras fué también el despertamiento del espíritu humano: cesó de creer ciegamente en el momento en que bebió en las fuentes de la filosofía. Vana fué la resistencia de la Iglesia, y más en vano todavía soñó ésta en una ciencia católica: la ciencia no es ni católica ni protestante, ni creyente, ni incrédula; vive de libertad, y desde que es libre marcha de progreso en progreso.

¿Hay también progreso en la esfera religiosa? Grande es en este punto el disentiimiento entre la filosofía y el cristianismo tradicional, y aun las escuelas filosóficas están lejos de convenir entre sí. Descartemos desde luego la falsa concepción del siglo XVIII, que confunde la fe con la superstición, bajo cuyo punto de vista consistiría el progreso en destruir el cristianismo y toda creencia religiosa. Hay un aspecto verdadero en la reacción católica que siguió á la tormenta revolucionaria, el de que la necesidad de creer es un sentimiento indestructible; pero ¿está sometida la religión misma á la ley general del progreso? Los defensores del cristianismo tradicional dicen que no, y tienen razón bajo su punto de vista, pues que pretenden poseer la verdad absoluta, y la perfección no puede perfeccionarse. Pudiera creerse que los que rechazan la verdad absoluta deben por esto mismo admitir el progreso de la verdad religiosa como de toda verdad; empero los hombres políticos se complacen en decir que la religión queda siempre la misma, y no hablan así precisamente por respeto á la religión, sino más bien por desdén, siendo en el fondo de la opinión de los filósofos que no ven en la fe más que superstición. Si en vez de atenerse á lo presente se hubiera estudiado la historia, habríase llegado á conclusiones bien diferentes. ¿No es el cristianismo un progreso respecto del paganismo y aun del mosaísmo? Nadie lo niega, salvo los que tienen interés en negarlo. ¿Cómo se ha cumplido este progreso? Aquí se dividen de nuevo los cristianos y los filósofos. Éstos dicen que la revolución se ha producido por el trabajo de la humanidad; no rechazan la inspiración divina, mas pretenden que la acción de Dios sobre la humanidad es permanente. Los creyentes, por lo contrario, sostienen que la religión cristiana es una revelación milagrosa de la divinidad. La historia está de parte de los filósofos: enseña que los milagros son una ilusión cuando no una superchería, y muestra ade-